

Hoy podemos decir que la vida de Joseph, sus pruebas, su sacrificio no han sido en vano.

Homilía - P. Nicolás Tiberghien

Domingo 1 de julio de 2007

El Evangelio que acabamos de escuchar comienza con la frase: «Jesús emprende con valor la ruta de Jerusalén», la ciudad en la cual lo matarán y en la cual resucitará. Él lo sabe, y es por ello que necesita valor. Sus discípulos lo siguen pero sin comprender bien lo que le sucede.

El Evangelio de hoy nos pregunta sobre nuestro propio valor, a vivir nuestra fe.

El valor es una cualidad que nos habla incluso hoy y que les habla particularmente a los jóvenes. La mayoría de las películas, especialmente las series televisivas, se basan en el valor del héroe que logra hazañas extraordinarias, sin temer poner en peligro su vida. Por supuesto, sólo se trata de una película, y la realidad a menudo es bastante diferente, pero este ejemplo nos muestra que el valor de los que se brindan totalmente, sin escatimar esfuerzos, que no temen correr riesgos y a veces darse golpes y hasta incluso arriesgar su vida por los demás, este valor siempre es objeto de nuestra admiración.

Aún más, hay que tener valor como Cristo, ya que el valor, más que las otras virtudes, puede desviarse fácilmente de su objetivo, puede virar hacia la violencia, la dominación o transformarse en orgullo y desprecio. Tiene una necesidad constante de reorientarse hacia el bien.

El Evangelio nos muestra que para tener valor como Cristo, primero hay que rechazar decididamente un camino, el de la violencia. Cuando Santiago y Juan piden que el fuego caiga sobre los samaritanos que no han querido recibirlos, Jesús los reprende enérgicamente. Es tan tentador destruir todo lo que obstaculiza mis deseos y mis proyectos, es tanto más simple a veces. Pero no es la voz del Evangelio y Jesús la rechaza totalmente.

Es por la ruta de Jerusalén, a merced de los encuentros, que comenzamos poco a poco a comprender en qué consiste el valor de ser cristiano.

En primer lugar, no instalarse en una comodidad o una tranquilidad ilusoria que termina por dormirnos. Estar vigilantes y disponibles, listos para responder los llamados de nuestros hermanos. «Los zorros tienen madrigueras, el Hijo del Hombre no tiene una piedra en donde posar su cabeza.» Permanecer libres, luego, como San Pablo que escribe: «Cristo os ha liberado, entonces resistan, no retomen las cadenas de vuestra antigua esclavitud». Ningún vínculo, ni siquiera los más nobles como los lazos familiares, deben retenernos e impedirnos ser fieles a nuestra vocación cristiana y a la fe que debemos dar del Evangelio. «Dejen que los muertos entierren a los muertos, tú ve y anuncia el Evangelio.»

Hoy, es la persona de Joseph Engling la que nos muestra cómo tener valor como Cristo. Conocemos todos los esfuerzos que ha hecho por progresar en el servicio a los demás y en la unión a Dios. La lucha que ha librado contra sí mismo para superar su carácter colérico. Y también su perseverancia por querer mantener una vida de oración intensa en las pésimas condiciones impuestas por la guerra. Resistió día tras día en la fidelidad, a pesar de los fracasos, las contrariedades y a veces del desaliento. «El que ha puesto la mano en el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino de Dios» Él no ha mirado hacia atrás. De naturaleza servicial, vivió su ideal de santidad diaria estando a disposición de los demás en las difíciles condiciones de la guerra. Un vez más, a menudo de manera heroica, se esforzaba por progresar en el amor por los demás adoptando máximas que anotaba cuidadosamente. Así, cuando pasaba por entre sus compañeros mal educados que se burlaban de él, escribía su máxima: «Amable y servicial en mis relaciones», cuando sus superiores eran particularmente

desagradables con él, escribía: «Considerar las órdenes de la autoridad legítima como provenientes de Dios».

Esta lucha diaria por ser un auténtico discípulo de Jesús, lo llevó hasta el fin, a pesar del agotamiento y de las angustias, de las luchas, hasta el don total de sí mismo que pronunció aquí mismo en Merville en el lugar en donde está construida la capilla.

En una carta volvió a poner su vida completamente en las manos de Dios y de la Virgen María.

He ahí la verdadera fuente de su valor: no se apoyó en sí mismo, en sus propias fuerzas, sino en la confianza en la misericordia de Dios y en la confianza en el amor maternal de María que lo sostuvo durante toda su vida.

«Todo para todos y enteramente dado a la Virgen María» era el ideal que se había dado y que trataba de vivir.

Hoy podemos decir que la vida de Joseph, sus pruebas, su sacrificio no han sido en vano. Han traído muchos frutos, y la obra de Schoenstatt, al igual que nuestro encuentro de hoy, son testimonio de ello. No podemos imitar todo lo que él ha vivido durante ese período tan agitado de la Primera Guerra Mundial, pero su ejemplo, su fe, su voluntad de seguir a Cristo lo más cerca posible en el servicio a los demás, pueden inspirarnos aún en nuestra misión de construir para hoy un mundo de paz y de fraternidad entre los pueblos.

Traducción (del francés): Cecilia Mata, Buenos Aires, Argentina